DIÁLOGO CON JOTAJOTA

La omnifilmadora

Germán Schultze (gschultze@luventicus.org)

Estamos con Juan José Luetich al pie de las escalinatas del Museo Histórico Provincial "Dr. Julio Marc", en el corazón del Parque Independencia de Rosario. Después de un día agobiante, cae la tarde y una corriente de aire fresco produce pequeñas gotas de rocío que estallan en nuestros rostros. Nos sentamos en uno de los bancos que miran al oeste para continuar la conversación que mantuvimos en el encuentro anterior.

—La vez pasada nos referíamos a "lo que se oculta" —es decir, "lo que está en la oscuridad"— como aquello que, de asomarse a la luz, "se esconde en la multitud", "vuelve al caos de lo que no tiene nombre" y "se olvida". A propósito de esto, usted habló de billetes, esculturas y conejos. Nos gustaría que ahora profundizara en la diferencia entre multiplicidad y diversidad.

—Con mucho gusto. La cuestión es la siguiente: «No hay dos entes idénticos». Y el ser humano, en principio, siempre quiere dar nombres distintos a cosas distintas. Para los antiguos nórdicos, por ejemplo, *«las cadenas Gleipnir fueron las que lograron sujetar al lobo Fenrir»*. Es decir, la bestia tenía nombre propio y las cadenas con las que se la sujetó, también. [sonrisas] En la actualidad, esta costumbre se conserva cuando les ponemos nombres a los animales y a los edificios, pero ya no queda quien le dé nombre a cada olla de su cocina. Una anciana que conocí hace años en las sierras de Córdoba lo hacía, pero ya no vive.

—Bueno, a lo mejor queda alguna otra persona que todavía lo haga. [sonrisas]

—Con los conejos, la cuestión de dar nombres se complica. Y con los billetes —aunque producidos en serie— se trata de hacer una distinción al imprimirles un número. En estos casos, los nombres comunes (no propios), resuelven el problema. Es decir, en una primera aproximación a las cosas —ingenua— cada una tendría un nombre propio. Cuando las cosas son muchas, los sustantivos comunes permiten hacer una economía de nombres que facilita la comunicación. A las cosas que tienen un nombre común, ya que no son idénticas, las llamamos «iguales». La existencia de muchas cosas iguales o que no distinguimos es la «mera abundancia».

—Y ella —nos decía usted en el número anterior— trae consigo la devaluación.

—Así es. Las esculturas, en cambio, son obras que nacen para ser únicas. Se las puede reproducir y, si las reproducciones fueran muchas, eso les haría perder valor. En medida mucho menor, hasta la obra original perdería valor.

—¿Y las opiniones?

—Las opiniones son múltiples y, en general, abundan. Sin embargo no se trata de mera multiplicidad sino de diversidad. La diversidad da origen a una forma especial de abundancia, que podríamos llamar «riqueza». Pero la riqueza excesiva trae confusión, que es una forma de devaluación.

—A las opiniones a veces se las llama "puntos de vista".

—En el número 5 yo hablo precisamente de "punto de vista" y "marco cultural", como de las dos variables que condicionan las acciones de definición (II y IV). Ya que estamos aquí, frente al estadio de Newell's, le voy a dar un ejemplo. Yo he venido muchísimas veces a este estadio a ver partidos de fútbol. Estuve en la tribuna popular lateral; en la tribuna oficial, atrás del arco que da al Palomar; en la platea para socios, atrás del arco que da al Hipódromo; en la platea donde están las autoridades; y una vez, por invitación, en un palco. Estuve a la altura del campo de juego y también en lo más alto de la popular lateral, que era una obra en construcción. He visto gran cantidad de jugadas polémicas. Recuerdo que una vez despotriqué contra un árbitro que, en un partido contra un equipo de Buenos Aires, no le dio a Newell's una falta muy cerca del límite del área grande. Eso daba bronca porque por entonces jugaba Enzo Bulleri, un mediocampista que remataba con mucha fuerza, y un tiro libre desde ese lugar hubiera sido una gran posibilidad de gol. Al otro día, en mi casa, vi la jugada por televisión y me di cuenta de que no había sido falta.

—La vio desde otro punto de vista.

—Exactamente. Cambié mi punto de vista en el estadio por el punto de vista de la cámara. En el estadio, yo vi falta y el camarógrafo, no. Por televisión, yo pude ver lo que vio el camarógrafo porque la cámara lo grabó, y concluí: «No hubo falta». La pregunta es: si el camarógrafo hubiera podido ver lo que yo vi —en aquel entonces las filmadoras portátiles no eran tan accesibles como hoy—, ¿hubiera concluido: «Hubo falta»? Dicho de otra manera: ¿Quién estaba en lo cierto, el camarógrafo o yo? ¿O cuál es la verdad sobre aquella jugada?

—Si a mí me muestran cuatro filmaciones de una misma jugada hechas por distintas cámaras y en una veo que se cometió falta, diría: «Hubo falta».

—Yo pensé que no había habido falta porque ésa era la versión que quedó registrada. Además, las cámaras, a diferencia del ojo humano, no están sometidas a la influencia de la pasión. Aquí hay tres problemas: (1) ¿Cuál de las dos alternativas es la definitoria? (2) Si no hubiera una definitoria, ¿cuál debería ser la conclusión cuando la mitad de las cámaras hicieran ver una cosa y las restantes, otra? (3) ¿Cuántas cámaras debería haber como mínimo?

—Se me ocurre una solución. Para el primer problema: comparando lo registrado por cámaras, el caso que vale más es el que tiene menor probabilidad de ocurrir: la falta. Para el segundo problema: usar un número impar de cámaras. Es la solución por la que se opta en los cuerpos colegiados como los tribunales de justicia y las juntas médicas. Para el tercer problema: usar muchas cámaras.

—Si existiera algo así como una "omnifilmadora", es decir una filmadora capaz de tomar la jugada desde cada punto del estadio donde puede haber un espectador, el tercer problema estaría resuelto.

—Ahora me viene a la memoria eso que se dice a veces para ponderar a un estadio: «Se ve bien desde todas partes».

—Como si se tratara de un estadio simétrico. El problema es que lo que se está observando no es simétrico. Y aun si el estadio fuera simétrico, todos los espectadores no verían lo mismo.

Hacia el final de la entrevista, el rocío se había convertido en una llovizna persistente. Nos despedimos y me puse debajo de un árbol al borde del Laguito para anotar —antes de olvidarlas— algunas ideas que vinieron a mi mente durante la conversación. Después me quedé un rato observando el lento desplazamiento de las bicicletas de agua sobre una superficie oscura como el cielo que convertía las luces de la ciudad en estrellas, y no pude evitar seguir pensando en opiniones, puntos de vista y filmadoras.

Juan José Luetich, editor de libros de texto, reportes de investigación y revistas de divulgación, nació en Rosario el 24 de enero de 1964. Ha colaborado en la revisión de trabajos de disciplinas que abarcan desde la filosofía hasta la ingeniería. Es el Editor de Publicaciones Seriales de la Academia Luventicus y se desempeña como director de tesis de carreras de grado y de posgrado. Su formación clásica le ha permitido hacer innumerables aportes en cuestiones de contenido, redacción y formato. Ha diseñado libros, revistas, páginas web, infografías, simuladores, esquemas, presentaciones y material didáctico. Tiene gran experiencia en la elección de palabras clave y en la elaboración de resúmenes, síntesis, cuadros sinópticos y mapas conceptuales.

Acerca de esta publicación

Actas es una publicación serial sobre los fundamentos y filosofía de las ciencias de la Academia Luventicus, ONG creada para promover la información, la educación, la ciencia y la cultura. Este suplemento está dedicado a la difusión de la obra de Juan José Luetich. Los artículos publicados en este número son: *"El camino del ser"* (2004 –2007), *"Más allá de la gnoseología"* (2007) y *"Etimología del ser"* (1996 –2006). Página web: www.luventicus.org/actas. Correo electrónico: actas@luventicus.org.

Academia Luventicus
Edificio "Príncipe Pedro"
Buenos Aires 633, 2o. Piso
Rosario (S2000CEA), República Argentina
+54 341 4487316
www.luventicus.org
academia@luventicus.org

Impreso en los talleres de Irap